

Los discursos de Gennaro Antonio Capellani a Clemente XI sobre la Sucesión española

Speeches from Gennaro Antonio Capellani to Clement XI about the Spanish Succession

DAVID MARTÍN MARCOS
Universidad de Valladolid

Resumen

La participación de la Iglesia en el austracismo es un tema conocido por la historiografía. Este artículo estudia el papel de un eclesiástico austracista en Italia y sus intentos de organizar una revuelta en Sicilia y, particularmente, la influencia que pudo tener en la Santa Sede mediante los discursos que presentó a Clemente XI sobre la Guerra de Sucesión española.

Palabras clave: Guerra de Sucesión española, Austracismo, Santa Sede, Italia.

Abstract

The participation of the Church in the *austracismo* is a known topic by the historiography. This article studies the role of a pro-Austrian clergyman in Italy and his attempts to organize a revolt in Sicily and, particularly, the influence that he could have on the Holy See by means of his speeches about the Spanish Succession written to Clement XI.

Key words: War of the Spanish Succession, *Austracismo*, Holy See, Italy.

1. Disidencia e intereses políticos en la Italia española: la frustrada revuelta de Capellani

En las posesiones de la Monarquía hispánica en Italia el problema de la sucesión de Carlos II fue desde muy pronto objeto de atención, y la preocupación que causó no fue menos intensa que la que sintieron los cortesanos de Madrid a finales del siglo XVII¹. Al igual que en la Corte, en los territorios italianos los debates sobre las cualidades del futuro rey, su fuerza y apoyos para mantener la unidad de la herencia de Carlos II, y la suerte de la Corona fueron continuos. Las élites cisalpinas se jugaban además su propia pervivencia; ligadas irremediabilmente hasta ese momento al aparato político-administrativo del gobierno de los españoles por no pocos vínculos económicos y clientelares, la impotencia del monarca parecía anunciarles nuevos cambios.

Fecha de recepción del original: 18/octubre/2007

Versión definitiva: 4/mayo/2008

Dirección para correspondencia: Avda. de Colón, nº 77, Arroyo de la Encomienda, 47195, Valladolid.
d.martinmarcos@yahoo.es

¹ GALLO, F., *Italia entre los Habsburgo y los Borbones*, en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (ed.), *Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2006, p. 142.

De todos los estados italianos en los que Carlos II ejercía su soberanía, el Reino de Nápoles era aquél en el que se observaba una mayor implicación del funcionariado judicial ante las repercusiones que, a nivel continental, podrían llegar a causar las disputas entre Francia y el Imperio, así como un debilitamiento de la autoridad regia frente a la oligarquía local. El aperturismo partenopeo había sido constatado tiempo atrás. Desde el final de la Guerra de Mesina (1674-1678), la capital del Reino había acentuado su interés por su propia condición legal frente a los pretendidos derechos de los franceses sobre sus territorios, las relaciones con otras unidades políticas de la península y los triunfos de los imperiales sobre los turcos²; aspectos, todos ellos, que demostraban la creciente influencia de los asuntos de la Monarquía entre la élite intelectual napolitana. Las pretensiones del conocido como *ceto civile*, cuyos objetivos fundamentales eran hacer valer la jurisdicción del monarca en todo el Estado y sustituir a la aristocracia en los principales cargos públicos, eran diametralmente opuestas a las de la vieja nobleza. Los barones veían con recelo el auge del grupo *mediano*, se afanaban por defender sus privilegios y ofrecían pocas garantías —como quedó patente tras la revuelta de Massaniello— de defender el Reino de agresiones externas y respetar la potestad española³. Si la Monarquía debía privilegiar a uno de los dos grupos era evidente que apostaría por el *ceto civile*.

El apoyo de los españoles al grupo judicial (en realidad, un conjunto que incluía a miembros de la pequeña nobleza, togados y otros nuevos funcionarios) se tradujo en su rápido ascenso en la escala administrativa y en el impulso desarrollado en el campo intelectual. La competencia y el mérito suplantaron el tradicional continuismo en las nóminas del aparato burocrático y en la dirección de los asuntos públicos y la cultura gozó de una renovada libertad. La *Accademia*, promovida por el virrey Medinaceli, fue la muestra más obvia del mecenazgo que las autoridades españolas ejercieron sobre el grupo y sirvió, en parte, para hacer de los problemas de la Monarquía sus principales temas de estudio. La coincidencia de intereses de los juristas napolitanos y el poder regio ha sido considerada por la historiografía italiana tradicional como un elemento que consolidó aún más el *malgoverno* español⁴. Al margen del *antispagnolismo* que denota la afirmación, es evidente que el afán de promoción del *ceto civile* se inscribió siempre dentro del marco legal de la Monarquía y que no dio lugar a análisis sobre lo perjudicial de la presencia de príncipes extranjeros en el Reino y la necesidad de buscar la independencia. Por este motivo, el grupo medio se identificó siempre con el partido español; al fin y al cabo, hasta la Paz de Ryswick no eran sino los barones quienes mantenían “*occulte mac-*

² GALASSO, G., *Napoli nel viceregno spagnolo dal 1697 al 1707*, en *Storia di Napoli*, vol VII, Nápoles, 1971-72, pp. 127-130.

³ Sobre la rivalidad entre los barones napolitanos y el emergente *ceto civile* véase el capítulo “La reazione feudale e la funzione del ‘ceto civile’” de MASTELLONE, S., *Pensiero politico e vita culturale a Napoli*, Mesina-Florenca, 1965, pp. 7-37.

⁴ PEPE, G., *Il Mezzogiorno d'Italia sotto gli Spagnoli*, Florenca, 1952.

chinazioni e segrete commissioni” con los franceses, y los juristas los que consideraban una ridiculez acudir a Luis XIV buscando la libertad⁵.

La buena relación de intelectuales y gobernantes tenía además otro punto en el que ampararse: el anticurialismo. El Reino de Nápoles era legalmente un feudo de la Iglesia que, desde la conquista normanda, los pontífices *cedían*, mediante investidura y a cambio de tributo, a sus verdaderos gobernantes. El carácter de esta práctica era fundamentalmente legitimador y su objetivo era hacer reconocer un *stato quo* sobre el territorio y garantizar su titularidad, ya fuera oficiosa u oficial. Pero, pese al aparente acuerdo entre la Santa Sede y España, que regía los destinos del Reino desde principios del XVI, de esta situación se derivaban más inconvenientes que beneficios.

De entre todos los estados italianos, también Nápoles era aquél en el que la influencia de la Santa Sede era mayor. No sólo muchas familias patricias romanas tenían en él extensas posesiones y, en consecuencia, manifestaban un inevitable interés por su evolución política sino que el número de eclesiásticos y espacios exentos de jurisdicción real era allí muy elevado. En época de Carlos II este último aspecto, junto con la creciente animadversión partenopea hacia la Inquisición, era particularmente significativo y provocó las críticas del *ceto civile* no tanto por su cantidad como por los inconvenientes que les provocaban sus privilegios. En opinión de Osbat, las denuncias del grupo medio partenopeo tenían como motivación fundamental acabar con las ventajas de que disfrutaba el clero para ascender en la escala socio-económica del Reino; lejos de observar en la presencia eclesiástica un elemento exógeno, se trataba de un problema de competencia⁶. Fuera o no así, la coyuntura política del Nápoles a finales del siglo XVII indica que, junto con lo eclesiástico, *lo romano* despierta verdadero recelo en la ciudad. Achacar esta situación a una rivalidad de tipo profesional puede que no sea la hipótesis más idónea. Sin descartarla, la tradición jurisdiccionalista, fruto de la continua necesidad de autoafirmación partenopea frente a la Curia Romana, parece ser el principal impulso hacia el enfrentamiento. Así, la labor de la élite intelectual, con un largo recorrido iniciado un siglo atrás, respondería al deseo de limitar las razones canónicas que pretendían acotar el poder monárquico como fruto del *jus quaestium*, que históricamente derivaba de la enfeudalización del reino a la Sede Apostólica⁷. En esta corriente ideológica, la doctrina era, pues, el resultado de un largo proceso que hubo de florecer, sobre todo, en la segunda mitad del XVII y que, sin caer en visiones arcádicas, apostó por el mantenimiento de las libertades civiles, en detrimento de cualquier privilegio lesivo a las prerrogativas de la Monarquía.

⁵ La cita es de GIANNONE, P., *Storia civile del regno di Napoli*, vol. II, Milán, 1833, p. 504, y la recoge, haciendo referencia a esta circunstancia, MASTELLONE, S., *op. cit.*, pp. 34-35.

⁶ OSBAT, L., *L'Inquisizione a Napoli. Il processo agli ateisti 1688-1697*, Roma, 1974, p. 14.

⁷ Cfr. LAURO, A., *Il Giurisdizionalismo pregiannoneiano nel Regno di Napoli. Problema e bibliografia (1563-1723)*, Roma, 1974, p. 36.

Había pues numerosas circunstancias que justificaban el rechazo a la intrusión pontificia y los españoles no hubieron de hallar dificultad para hacer concurrir la causa napolitana con sus propios intereses y mantener alejados los discursos soberanistas. El programa *zelante* que algunos sectores del colegio cardenalicio venían desarrollando en Roma desde mediados del siglo XVII suponía, en este sentido, la principal amenaza procedente del ámbito pontificio. Los deseos de algunos purpurados de recuperar la centralidad política de la Santa Sede en política internacional pasaban por alcanzar la hegemonía en la península y acabar con el papel arbitral de la perenne presencia extranjera⁸. Los problemas derivados de la falta de sucesión de Carlos II se constituían así en la coyuntura idónea para poner en práctica sus reivindicaciones y apostar por una *Italia giuelfa* en la que Nápoles resultaba ser una pieza clave. Pese a que Roma habría de empeñarse para mantener intactas sus pretensiones sobre el Reino a la muerte del último de los Austrias españoles, con el fin de desestabilizar a la autoridad española, no contaría con el apoyo de los napolitanos.

La oposición a la política de la Santa Sede ante la cuestión partenopea fue común entre todos los sectores del Reino; tanto el baronazgo como el *ceto civile* coincidieron en ver en la Curia Romana un enemigo, el primero por temor a ser suplantado, el segundo por su continua defensa del Rey. Habría de ser otra la causa de la insubordinación que, ya en tiempos de Felipe V, no tardaría en llegar. El gran debate sobre la sucesión que, tras la Paz de Ryswick no llegó a consolidar un verdadero partido austriaco en España⁹ sí lo hizo en Nápoles. Las tensiones entre la aristocracia feudal y la pequeña nobleza de toga adquirieron un marcado carácter político que sobrepasó los límites regionales y no tardó en englobarse en un marco internacional. Fue el partido patricio, descontento con la política española de los últimos años, el que apostó por pasar a la acción y, aunque se mostró favorable a una solución italiana para el futuro del Reino –sin contar con Roma-¹⁰, hubo de valerse del apoyo de los imperiales.

La *Conjura del príncipe de Macchia*, una revuelta de algunos nobles napolitanos con el apoyo secreto de los austriacos desde Roma contra el virrey y en la que participó buen número de eclesiásticos, fue la manifestación más evidente del malestar de la aristocracia partenopea y de su asunción de la causa imperial como úni-

⁸ TABACCHI, S., *Cardinali zelanti e fazioni cardinalizie tra fine Seicento e inizio Settecento*, en SIGNOROTTO, G. V. - VISCEGLIA, M^a A. (eds.), *La Corte di Roma tra cinque e seicento "Teatro" della politica europea*, Roma, 1998

⁹ La tradicional visión de la corte española dividida entre austracistas y profranceses ha sido discutida recientemente. Luis Ribot prefiere hablar de opciones, opiniones o decisiones, y no de grupos organizados ya que “la propia inconsistencia y fragilidad de lo que hemos dado en llamar partidos sucesorios austríaco y francés ha confundido a los historiadores”; RIBOT, L., “La sucesión de Carlos II. Diplomacia y lucha política a finales del siglo XVII”, en GARCÍA FERNÁNDEZ, M. y SOBALER SECO, M^a A. (coords.), *Estudios en homenaje al profesor Teófilo Egido*, Valladolid, 2004, vol. I, pp. 63-99.

¹⁰ GALASSO, G., *op. cit.*, vol. VII, p. 142.

co medio para lograr sus objetivos. Aunque no pasó de ser un tumulto fácilmente sofocado por las autoridades españolas, el altercado confirmó la inestable fidelidad de los napolitanos, justo cuando el Imperio amenazaba las posesiones de la Monarquía desde el norte de Italia. La sombra de los intereses pontificios es patente en la permisividad que Clemente XI demostró ante el incesante trasiego de agentes austriacos entre los Estados Pontificios y las tierras napolitanas pero ése no ha sido el elemento caracterizador de la naturaleza de esta conspiración. En cambio, la implicación de destacados miembros de la alta nobleza del Reino y su triste suerte han sido vistas por la historiografía *risorgimentale* italiana como el antecedente de las luchas que, ya a finales del XVIII, se desarrollaron en todo el país en pos de la Unidad o, al menos, como un primer discurso sobre el resurgir de la autonomía del Sur¹¹. Pero aunque la *Conjura* ha sido el episodio insurreccional que más literatura ha producido entre los historiadores que se han ocupado de la Guerra de Sucesión española en Italia, lo cierto es que no fue el único intento de promover un cambio de gobierno, no sólo a la manera de Benigno¹², que tuvo lugar en el mediodía peninsular durante esos años.

Poco después de la debacle sufrida por los altos exponentes del partido patricio y de su rápida huida se produjo, esta vez en Sicilia, otra fallida conspiración. Su principal protagonista fue Gennaro Antonio Capellani, un sacerdote napolitano del que apenas sí se tienen datos, que ideó la trama junto con algunos representantes de Leopoldo I en Roma. De Capellani se sabe que desarrollaba su actividad en la corte pontificia, que era autor de una modesta producción literaria¹³ y que ocupaba un lugar preeminente en la *Accademia degli Arcadi*, donde era conocido con el seudónimo de *Tirreno Lecheatico*¹⁴. En el verano de 1701 había logrado convencer al conde de Lamberg de las posibilidades de su empresa en el sur de Italia y había obtenido su apoyo y cartas de recomendación para justificar la sublevación ante los sicilianos, “*i quali quanto amavano gli Spagnuoli, altrettanto avevano in odio i Francesi*”¹⁵. Sin embargo, muy pronto quedaría patente la mala estrella que guiaría su misión

Capellani fue detenido, junto con el exiliado mesinés Domenico Giurba, antes incluso de arribar a las costas sicilianas. Conducido hasta el gobernador de Reggio Calabria, el clérigo hubo de enmascarar su misión haciéndose pasar por un enviado especial del cardenal Carpegna, en comisión secreta, que tenía por objeto recabar

¹¹ Resulta paradigmática la obra de GRANITO, A., *La Storia della congiura del principe di Macchia e della occupazione fatta dalle armi austriache nel regno di Napoli nel 1707*, 2 vols., Nápoles, 1861.

¹² BENIGNO, F., *Specchi della rivoluzione: conflitto e identità politica nell'Europa moderna*, Roma, 1999 (edición española: *Especjos de la revolución: conflicto e identidad política en la Europa moderna*, Barcelona, 2000).

¹³ CARINI, I. le atribuye “Le satire di Quinto Settano”, en *Bullettino Senese di Storia Patria*, I, 1894, p. 19, nota núm. 3.

¹⁴ CRESCIMBENI, G. M., *L'istoria della volgar poesia*, Roma, 1698, p. 171.

¹⁵ EVANGELISTA, G., *Storia cronologica de'vicere, luogotenenti, e presidenti del Regno di Sicilia*, tomo III, Palermo, 1791, p. 14.

información sobre las controversias entre las autoridades borbónicas y el arzobispo de esa ciudad. Las justificaciones sobre su presencia en la región debieron de ser vistas con buenos ojos por el gobernador ya que, poco después, Capellani pudo pasar a Mesina. El 1 de septiembre de 1701, desde esta localidad, el austracista dio cuenta del percance que había sufrido en tierras calabresas a Clemente XI por lo que es evidente que el pontífice estaba al corriente de su misión desde un primer momento así como su complicidad. En la carta que escribió al papa, a parte de relatar lo sucedido en Reggio, Capellani solicitaba el apoyo de Roma en su estratagema para poder continuar con su proyecto: “*Santissimo Padre, se io meriti compassione, lo giudichi Vostra Santità se mi sia necessario aiuto per non havere à pericolare costì scoprendosi tal comissione esse folia, e anco per riparare alla mia estimazione in Roma*”¹⁶.

Aunque, en un principio, estaba previsto que la revuelta se iniciase en Mesina, la presencia del virrey duque de Escalona en la ciudad trastocó los planes austracistas. Un tal Alí, religioso mesinés cómplice de la trama, recomendó a Capellani dirigirse cuanto antes a Palermo para intentar allí la sublevación¹⁷. En la capital siciliana creyó hallar en el príncipe de Cuto un confidente. Sin embargo, poco después de darle a conocer los pormenores de la misión, éste dio cuenta a las autoridades de la ciudad de las intenciones de Capellani. Se detuvo al clérigo de inmediato y fue ajusticiado en la primavera de 1702, ya bajo el gobierno del cardenal Giudice, no sin problemas¹⁸.

Antes, para evitar ser condenado, Capellani había buscado refugio en la inmunidad que le otorgaba su condición de religioso pero ni siquiera así había podido escapar a su destino ya que en la isla incluso ese ámbito, gracias al Tribunal de la Monarquía de Sicilia, estaba jurídicamente sometido al rey. Si bien el arzobispo de Palermo, Juez Eclesiástico de esa institución sería, junto con los presidentes José Fernández y Sebastiano Gessino y el fiscal Niccola Pensavense, el encargado de llevar a cabo el proceso¹⁹, fue finalmente el obispo de Adro, auxiliar en la archidiócesis, quien hubo de ocuparse del juicio por estar aquél impedido por enfermedad. La sentencia que el obispo pretendía para el reo era su degradación canónica por lo que Capellani quedaría desprovisto de sus títulos, privilegios y bienes eclesiásticos, y podría así ser sometido a la justicia ordinaria²⁰. Debían de participar en la resolución seis canónicos mitrados pero ninguno de ellos quiso colaborar con lo que con-

¹⁶ *Carta de Gennaro Antonio Capellani a Clemente XI*. Mesina, 1 de septiembre de 1701. ASV, Fondo Albani, 88, ff. 202-203.

¹⁷ EVANGELISTA, G., *op. cit.*, pp. 15-16.

¹⁸ CRESCIMBENI, G. M., *Comentarj del canonico Gio. Maria Crescimbeni custode d'Arcadia, intorno alla sua Istoria della volgar poesia*, vol II, parte 2ª, Roma, 1710, p. 429, sostiene, incorrectamente, que Capellani murió el 26 de abril de 1702; EVANGELISTA, G., *op. cit.*, p. 16, señala, con más criterio, que fue ajusticiado un mes antes, el 27 de marzo.

¹⁹ Según carta del cardenal Giudice, de 11 de febrero de 1702, remitida al Consejo de Estado. *Consulta del Consejo de Estado*. Madrid, 7 de abril de 1702. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 2224, s. f.

²⁰ *Consulta del Consejo de Estado sobre cartas del cardenal Giudice de los días 25 de febrero, 10 y 24 de marzo y 7 de abril*. Madrid, 19 de mayo de 1702. *Ivi*, s. f.

sideraban un atentado contra la inmunidad eclesiástica y se abstuvieron. En opinión del cardenal Giudice, que seguía de cerca el proceso, su actitud les hacía “sospechosos de querer salvar por este medio la vida de un delincuente” y así era. En adelante, los problemas para encontrar sujetos que sustituyesen a los abades fueron en aumento y el fallo pareció alargarse más de lo esperado. Poco después informaba el cardenal a Madrid de que había reconocido junto con el arzobispo no ser necesaria la colaboración de los abades para proceder contra Capellani²¹. La degradación quedaba pendiente para el 27 de marzo.

En la mañana de ese día se procedió, pues, a la degradación con gran asistencia de público y cierto descontento, alentado –con toda seguridad– por algunos eclesiásticos. Durante el acto, uno de los palcos en los que se agolpaba la muchedumbre se vino a bajo y se oyeron “algunas voces que era milagro”, pero los soldados intervinieron con celeridad e hicieron imposible cualquier intento de tumulto. A continuación se entregó el delincuente a la curia secular y esa misma noche se le dio garrote. A la mañana siguiente el cadáver fue expuesto en una de las plazas de la ciudad y algunos frailes aseguraron que se producirían sucesos fantásticos por haber dado muerte a un eclesiástico. Dos jesuitas besaron los pies al difunto y un mercedario aseguró incluso que a Giudice se le cortaría la cabeza²². En un clima tan caldeado no tardaron en aparecer impedidos que aseguraron haber sanado de sus enfermedades. No se pudo detener a los dos miembros de la Compañía por no haber sido identificados pero se consiguió que los mercedarios, para evitar males mayores, recluyesen a su compañero en un convento. En las noches siguientes acudió gente a la plaza donde había sido expuesto el cadáver para retirar tierra que haría las veces de reliquia pero las detenciones de algunos individuos terminaron con toda agitación a los pocos días²³. La muerte de Capellani había provocado más efecto que sus operaciones en vida y había contagiado al bajo clero de su odio hacia los borbónicos.

2. ¿Austracismo o *Zelantismo*? La sucesión española en los *Discorsi* de Capellani

Las andanzas del eclesiástico napolitano incitando a la rebelión contra los Borbones en Sicilia son mal conocidas y ni siquiera las fuentes documentales ofrecen mucha información sobre su misión. La intranscendencia del intento de sublevación impulsado por Capellani ha sido la causa de que la historiografía, sino es puntualmente, casi no se haya fijado en esta figura. Sin embargo, más que por sus peripecias en el sur de Italia, el personaje merece cierta atención por los escritos que ha dejado. Las hipótesis formuladas por el clérigo sobre el papel de Clemente XI en la cercana Guerra de Sucesión española constituyen un reflejo de la influencia del austracismo en Roma, de su desarrollo intelectual y de su continuada intención de hacer converger sus intereses con el *zelantismo*. Ciertamente, el deseo observado en

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

el papa de desvincularse de los cardenales de mayor influencia en la curia y marginar al Sacro Colegio mediante la formación de un equipo de gobierno afín a sus intereses pero inexperto en política internacional²⁴, había motivado que los *zelanti* hubiesen tratado de influir en sus decisiones a través de otras fórmulas de actuación: durante los primeros años de gobierno, el envío de memoriales al pontífice sobre la defensa de la inmunidad eclesiástica o el rigorismo en la aplicación de las disposiciones tridentinas, que en adelante condicionarían las relaciones de la Santa Sede con las potencias católicas, había sido una constante²⁵ y ésa era la línea que pretendía utilizar el clérigo napolitano para hacer llegar su mensaje al pontífice.

Es muy probable que durante sus últimos meses en la corte de Roma, Capellani escribiese cinco pequeños tratados (sólo se conservan los tres primeros) dedicados a Clemente XI en los que analizaba las claves para la supervivencia del Papado como sujeto activo en el panorama internacional²⁶. Ofrecía en ellos pautas sobre la postura que habría de adoptar la Santa Sede ante el conflicto sucesorio español tras la llegada de Felipe V a España y pretendía influir en una política de proximidad con el Imperio para la defensa de Italia. Según él, la buena marcha de la mediación pontificia entre los contendientes era la clave para una política internacional de éxito de la Santa Sede y del pontífice. Si Capellani, como explicaba al inicio de la obra, había optado por redactar sus discursos era precisamente por su deseo de la mayor gloria para Clemente XI. Desde antes del cónclave de 1700 “*bramava un Papa, che intendesse, e concepisse le qualità necessarie à un Papa*”²⁷; el nuevo pontífice, ansioso por devolver la centralidad al Papado que se le negaba en Europa y fuerte defensor de los privilegios de la Sede Apostólica, parecía reunir las características necesarias para erigirse como el actor principal del programa que Capellani anhelaba. Según esa declaración de intenciones, el cronista no estaba lejos de la

²⁴ En 1702, Niccolò Erizzo, embajador veneciano en Roma, haciéndose eco de esta circunstancia en su relación al término de su misión ante la Santa Sede escribió sobre Clemente XI: “*non credette [...] di avere bisogno a palazzo di ministri di gran valore*”, en CECCHETTI, B., *La Repubblica di Venezia e la Corte di Roma, nei rapporti della religione*, Venecia, 1874, II, p. 330. No obstante, el pontífice había tomado alguna medida para paliar esa situación y había ordenado permanecer en Roma a los cardenales que alguna vez hubiesen estado al frente de una nunciatura para que, siempre que fuese necesario, pudiesen ser consultados sobre cuestiones de política exterior. *Avvisi Marescotti*, Biblioteca Nazionale Centrale Vittorio Emanuele (BNCVE), *Fondo Vittorio Emanuele (Vitt. Em.)*, 790, f. 2v.

²⁵ TABACCHI, S., *op. cit.*, p. 150.

²⁶ CAPELLANI, G. A., *Discorsi della successione alla Monarchia di Spagna di GennarAntonio Capellani al Santissimo P. N. Clemente Und. Pont. Maximus*, Archivio Segreto Vaticano (ASV), *Fondo Albani*, 88. Los cinco apartados en los que se divide la obra son enumerados al comienzo del primero de los discursos. Sobre la actividad política de Clemente XI durante la contienda véase TABACCHI, S., “L'impossibile neutralità. Il papato, Roma e lo Stato della Chiesa durante la Guerra di Successione spagnola”, en *Cheiron*, 39-40 (2004), pp. 223-243; y, para los primeros años, MARTÍN MARCOS, D., “El proyecto de mediación de la Santa Sede como alternativa a la Guerra de Sucesión española”, en *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 25 (2007), pp. 129-147.

²⁷ *Discorso I*, ASV, *Fondo Albani*, 88, f. 204r.

mayoría del Colegio Cardenalicio, que durante la sede vacante se mostraba partidario de “*un papa di petto e testa forte*”²⁸.

La estructura formal que se plantea en los discursos responde al esquema clásico pregunta-respuesta en el que, planteando diversas soluciones, se opta, tanto por descarte como por idoneidad, por aquélla que más se ajusta al beneficio de la Santa Sede y, ocultamente, al Imperio. Siguiendo esas pautas, Capellani reflexiona sobre cinco proposiciones: la conveniencia de la coronación de Felipe V para los intereses de la Santa Sede, la utilidad de la neutralidad en caso de que el emperador declare la guerra, los posibles pactos durante la contienda, la posibilidad de exigir contraprestaciones territoriales en caso de alianza y la administración de la Guerra. Los temas de los tres primeros argumentos, que por otra parte son los únicos que se conservan en la actualidad, resultan suficientemente esclarecedores de las intenciones del autor y, aunque no íntegramente, permiten extraer una visión bastante amplia de la teoría política del autor y su aplicación en el caso concreto de la Guerra de Sucesión.

Discurso I. Sobre la conveniencia de la coronación de Felipe V para los intereses pontificios²⁹

El tema de la sucesión de Carlos II y las pretensiones de las Casas de Borbón y Habsburgo por la Corona española podría servir de argumento para defender que Capellani escribió sus *discursos*, o al menos éste, antes de que en Roma se tuviese noticia de que el duque de Anjou había sido finalmente el heredero de la monarquía hispánica. Aceptando este supuesto, el cronista habría reelaborado su argumentación adaptándola a la nueva situación tras la elección pontificia de Clemente XI. Es ésta una posibilidad pero parece más razonable pensar que este apartado inicial responde a la necesidad del cronista de proporcionar un marco y un punto de partida a su obra. Una circunstancia que avala esta opción es que en este análisis sobre la sucesión sólo se hace referencia a la posibilidad, más que cierta, de Felipe V como posible candidato a ocupar el trono de Madrid. Por si no fuera suficiente, en el tercer discurso se alude a las condiciones del emperador para aceptar el proyecto de mediación pontificia, lo que retrotrae la cronología de los discursos, al menos hasta los primeros meses de 1701³⁰. De este modo, el enunciado del apartado sólo sería un pretexto para desacreditar a la monarquía francesa y alertar de las consecuencias de la posible entrada de los Borbones en España.

El punto de partida de la crítica es el análisis del estado de la religión católica en Francia y de la conducta del estado temporal. En opinión de Capellani, la autoridad del pontífice como cabeza de la cristiandad es negada sin reparos en el país y

²⁸ GRAVINA, G., *Curia Romana e regno di Napoli. Cronache politiche e religiose nelle lettere a F. Pignatelli*, edición de SARUBBI, A., Nápoles, 1972, p. 42.

²⁹ *Discurso I*, ff. 204-211.

³⁰ *Carta de Leopoldo I a Clemente XI*. Viena, 22 de enero de 1701. ASV, *Segr. Stato, Principi*, 131, f. 175.

los *italianos* no sólo no son bien vistos sino que son repudiados por su preponderancia en la escala eclesiástica. Los atentados son tantos que la Iglesia se ve obligada a tolerarlos para no provocar controversias mayores y “*non istarbare con la zizania il buon frumento*”³¹. La situación no es mucho mejor en lo que respecta a cuestiones temporales del país: en lo civil son abundantes las aboliciones de jurisdicciones que frenan el poder del monarca y la usurpación de bienes eclesiásticos; en lo militar, el potencial del ejército hace que sea temible en todo el Continente, y sus pactos con el Turco, que Italia haya de permanecer en un interrumpido estado de alerta. Francia ha adquirido un poderío que no es comparable en Europa y parece que ninguna provincia está a salvo de su supremacía.

Para saber si conviene o no que Felipe V sea el nuevo rey de España han de observarse -dice Capellani- las actuaciones de los Borbones en política internacional en los últimos años. El Tratado de Ryswick es considerado por el autor una suerte de somnífero que evitó que los estados de Europa estuviesen preparados para la guerra; la sucesión favorable al duque de Anjou, una estrategia de Luis XIV para convencer a los españoles de que esa era la única forma de mantener íntegra la Monarquía. El objetivo de esta cadena de triunfos diplomáticos es, para Capellani, provocar la guerra en Europa y un armisticio inmediato que indirectamente sancionase la anexión de algunos territorios españoles a Francia. El desarrollo de los acontecimientos posteriores, con Luis XIV entregado a la causa de la defensa del patrimonio de su nieto durante más de diez años, habría de demostrar que el cronista erraba en sus pronósticos. Apuntaba, eso sí, un tópico historiográfico que habría de marcar la llegada de los Borbones a España, el de la imposición del galicanismo en España y la consecuente oposición a las injerencias de Roma en el país. Como muchos de los teóricos que hubieron de ocuparse de este tema, olvidaba Capellani, empeñado en desacreditar a los franceses, la tradición regalista española.

Discurso II. Si es útil la neutralidad en el caso de que el emperador declare la guerra a los Borbones³²

La segunda de las reflexiones se inicia, al igual que la anterior, con una justificación. En esta ocasión, las motivaciones morales dan paso al carácter del redactor, que, “*condotto quasi dalla natura allo studio delle civil cose*” e imposibilitado para ser un hombre político, aporta la reflexión del teórico³³. Es en este discurso, donde la minuciosidad de Capellani deja patente su proximidad a las tesis de Macchiavelli sobre la neutralidad. El autor considera que es una falsa opinión de los hombres, “*che poco penetrano nella ragion di stato*”, pensar que cualquier príncipe es libre de declararse neutral y que adquirir esa condición es sinónimo de estado de indife-

³¹ *Discurso I*, f. 205v.

³² *Discurso II*, ASV, Fondo Albani, 88, ff. 213-219.

³³ *Discurso II*, f. 213r.

rencia. En la Guerra –explica Capellani– resulta fundamental el recurso a las alianzas para garantizar una victoria (superar en fuerza y número al adversario, evitar los ataques de potencias superiores); los príncipes no son neutrales, no pueden mostrarse como tales y ni siquiera una declaración pública en la que así se definan garantiza que sean vistos de ese modo. La consecuencia de esta negación es que la neutralidad no existe y en las relaciones diplomáticas se descubre como un estadio utópico e inalcanzable que carece de validez y eficacia.

El razonamiento halla en el caso concreto de la Guerra de Sucesión española un marco idóneo para que las pequeñas unidades políticas italianas, a las que –como se ha dicho– la neutralidad no garantiza su supervivencia, apuesten por otras fórmulas de acción. La unión de los estados transalpinos, que poco después habría de buscar Clemente XI sin éxito³⁴, es interpretada en el discurso como una solución demasiado compleja como para poder llegar a materializarse. Milán y Nápoles son dos de los territorios con más potencial de Italia, pero están sometidos al dominio de un príncipe extranjero; Saboya, aunque rica en hombres y ejércitos, está condicionada por la cercana presencia de Francia. De Mantua, Padua, Módena y, en menor medida, Toscana, Capellani dice que son estados muy pequeños con príncipes más pendientes del ocio que de la política. El pacto con Génova es, según el tópico del ligur negociante, del todo inviable, “*havendo i suoi principali cittadini incarnati nell’amore del denaro, è difficile, che possa pensar giammai à generose deliberazioni*”³⁵. Quizás sólo en Venecia la Santa Sede podría encontrar un aliado válido para defender su neutralidad pero ni tan siquiera esa unión superaría el potencial de los aspirantes a la Corona de España y no garantizaría permanecer al margen del conflicto.

Capellani, pretendiendo guiar a Clemente XI por un pseudopragmatismo con el que únicamente oculta sus propios intereses y trata de reorientar el pensamiento *zelante*, rechaza el ideal de la Italia unida frente al invasor extranjero. Apuesta, en cambio, por una alianza con una de las partes que tomarán parte en la Guerra y concluye señalando al papa: “*sicome cofederato sareste esposto all’utile, ò al danno, così neutrale sareste esposto solamente al danno*”³⁶. Pese a la oposición no declarada a la célebre arenga de Machiavelli en el último capítulo de *El Príncipe* en

³⁴ Para desarrollar su proyecto de mediación entre las Casas de Austria y Borbón, Clemente XI trató de ganarse el favor de los pequeños estados italianos pero excluyó de los pactos a las posesiones españolas en Italia, es decir, Nápoles y Milán, para que su papel arbitral ganase en credibilidad. Sólo se estuvo cerca de lograr un acuerdo con Venecia pero la fuerte presencia de los austriacos en el norte de Italia, que la Santa Sede no supo frenar al no aliarse con los Borbones, hizo imposible cualquier acuerdo. Sobre este particular véase POMETTI, F., “Studi sul pontificato di Clemente XI”, en *Archivio della Società Romana di Storia Patria*, XXI, 1898, pp. 340-345; y la correspondencia entre el nuncio Cusani y el cardenal Paulucci conservada en ASV, *Segr. Stato, Venezia*, 149.

³⁵ *Discorso II*, ASV, *Fondo Albani*, 88, f. 218v.

³⁶ *Discorso II*, f. 219v.

pos de la libertad italiana, Capellani demuestra coincidir en sus tesis en lo que respecta a la neutralidad. Casi dos siglos antes Machiavelli había escrito:

“El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral. Porque si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de esos casos: que, por ser adversarios fuertes, tenga que temer a cualquier cosa de los dos que gane la guerra, o que no; en uno o en otro caso siempre le será más útil decidirse por una de las partes y hacer la guerra. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor, con placer y satisfacción del vencido; y no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no le ayuden en la adversidad, y el que pierde no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor”³⁷.

Discurso III. Con quién aliarse³⁸

La voluntad arbitral que Clemente XI demostró desde su llegada a la Silla de San Pedro y sus escasas posibilidades de salir adelante dan pie a este último argumento. Capellani es consciente de que las duras condiciones impuestas por Leopoldo I para aceptar el diálogo propuesto por el papa (cesión temporal a terceros de los Países Bajos, Milán y Nápoles) jamás serán aceptadas por los franceses. El análisis que Capellani desarrolla en este tercer punto, planteándose con quién aliarse, es fruto de la convicción de la inviabilidad del proyecto de mediación pontificia en la Guerra de Sucesión española.

Si en los discursos anteriores el pacto se ha erigido como la solución más adecuada para afrontar la Guerra, cabe ahora preguntarse con cuál de los contendientes, Luis XIV o Leopoldo I, conviene aliarse. Analizando a ambos sujetos en base a sus cualidades personales, Capellani considera al primero un hombre proclive a las pasiones, y en especial, a la venganza y a la soberbia. Estas dos características son, según su parecer, el resultado de la educación que recibió durante su infancia de manos de Mazzarino, justo cuando la Fronda llegaba a su fin. Los posteriores ataques al clero francés y sus pactos con los turcos son aspectos a destacar de una carrera destinada, según el cronista, a desestabilizar a los otros príncipes católicos. El parecer de Capellani sobre el emperador es mucho más benigno; de él dice que la paz y las letras parecen ser su ambición; aunque matiza que, tras la defensa de Viena durante el sitio de 1683, se ha observado menor moderación en sus actos. Pese a todo, el potencial bélico del Imperio es bastante menor que el de Francia y, en consecuencia, una alianza con él resultaría mucho más accesible ya que la inferioridad pontificia sería menos acusada que en el caso de tener que negociar con Luis XIV.

³⁷ MACHIAVELLI, N., *Il Principe*, capítulo XXI: “Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado”, Buenos Aires, 2005, pp. 199-200.

³⁸ *Discurso III, ASV, Fondo Albani*, 88, ff. 221-234.

Si las ventajas de la opción austriaca resultan evidentes en el discurso de Capellani no se debe a las características del Imperio sino a la oposición natural que suponen ante la amenaza borbónica. La alianza con Francia supondría, al igual que les sucedía a los pueblos que pactaron con Roma en la Antigüedad -se recuerda en la exposición-, la posibilidad de que los Estados Pontificios fuesen subyugados por Luis XIV o que tuviesen que adoptar las leyes de su estado. Capellani hace especial mención a este punto al cuestionarse la utilidad o el daño que podría reportar entrar en negociaciones con Francia. El dominio temporal al que la Santa Sede se vería sometida podría repercutir en múltiples aspectos temporales que acarrearían la paulatina pérdida de autoridad del pontífice.

El peligro de la supremacía francesa es tan grande que el autor está dispuesto incluso a aceptar el pacto con los herejes, de los que dice que abrazarían a la Iglesia por su propia salvación. El supuesto escándalo que se derivaría de una alianza del tipo bien podría tolerarse dado la gravedad de los hechos: *“il rimedio è unico e perche sia adeguato al male, dé cominciare dalla confederazione delle principali potenze di Europa tra queste vi sono gli eretici”*³⁹. Capellani, consciente de que su disertación ha sido suficientemente clara, concluye discreta pero inequívocamente observando, vistas las circunstancias de Francia y el Imperio, no tener que pronunciarse sobre la alianza con uno u otro. En la corte de Roma un convencido austracista parece estar dispuesto a defender a los protestantes para hacer frente a la supremacía francesa y defender así a la Santa Sede de las injerencias externas que trataba de combatir el *zelantismo*.

3. Apéndice Documental⁴⁰

Discorsi della successione alla Monarchia di Spagna di GennarAntonio Capellani al Santissimo P. N. Clemente Und. Pont Massimus. Discorso I.
ASV, Fondo Albani, 88, ff. 204-211.

“[f. 204r]Prima che io venga à favellarmi di quelle cose, onde meco hò maturamente divisato, ei mi sembra necessario, che io quelle cose, le quali mosso mi hanno à scrivere, io mi manifesti. Tre sono stati [i] motivi, cui non hò potuto contrastare, il mio amore verso di voi, la vostra gloria, il publico bene[...]. [f. 204v]Adunque persuaso voi de’ motivi del mio scrivere,[...] Io favellerò in cinque ragionamenti di cinque punti, i quali riguardano l’utilità vostra circa la successione alla monarchia di Spagna. Prima, se convenga alla Romana Sede, che sia rè di Spagna il Duca d’Angiò chiamato per testamento del morto rè alla successione. Dapoi se torni in utile della [f. 205r] Romana Sede starsene neutrale, se l’Imperadore volesse promuovere con l’armi i diritti, quali pretende havere in detta successione. Inoltre, se

³⁹ *Discorso III*, ff. 233r-233v.

⁴⁰ Debido a la considerable extensión de la documentación se ha procedido a seleccionar aquellos pasajes que pueden resultar más interesantes para la investigación así como más llamativos para el lector. Del mismo modo, se ha procedido a puntuar los textos, cuando así se requería, para facilitar la comprensión de los *discursos*.

dovendo la Romana Sede fare confederazione, con qual delle due parti debba farla. Di vantaggio, se nelle condizioni della confederazione si debba procurare di aggiugnere qualche provincia à questo stato, e quale. Finalmente, come debbesi amministrare la guerra.

Intorno al primo punto, se torni conto à questo stato, che il Duca di Angiò succeda alla monarchia di Spagna, fà mestiere, che io primamente parli dello stato della religione nella Francia, da poi dello stato temporale percioche se havrei considerazione di utilità, o di pericolo per l'Imperio Ecclesiastico, non altronde può concludersi, che dalla cognizione delle sudette cose.

La nostra religione, oltre la fermissima credenza dovuta a' misterii, onde principalmente differisce dall'altre, è fondata, come in saldissima base, sù di un'altra ferma credenza, che sin dal cominciamento della Chiesa ebbero i Cristiani, che siavi ò nell'adunanza de' Vescovi legittimamente convocata, ò nel capo della Chiesa una certa autorità di finire le controversie, le quali circa la religione sogliono talora disputarsi. Questa infallibile autorità viene così veementemente dalla Chiesa di Francia negata al Pontefice Massimo, il quale è il capo della Chiesa, che non solo repudiano come falsa la posizione degl'Italiani contraria alla loro, ma di vantaggio noi come adulatori e basimano, e decidono: come con nausea in moltissimi loro scrittori mi è convenuto leggere e quanto si compiacciano di questa loro opinione, oltre gli sfoghi dati da loro alle condannaggioni delle proposizioni di Jansenio fatte da più Papi, chiaro apparisce per gli arresti loro alle censure da Innocenzo XII promulgate intorno alle proposizioni dell'Arcivescovo di Cambrai. E quanto à tal materia, usano una cotal'arte secondo mè poco conveniente all'Ecclesiastica semplicità con ciò sia cosa che fintanto vagliansi della Romana autorità, quanto lo stimino à proposito per isbattere i loro avversarii: dove poi così l'habbiano ottenuta, più non la preggiano, spezialmente se sospettano, che possa cadere sovra di loro[...] [f. 205v] Oltre di ciò sono tanti i libri, che composti da loro in nativa favella vanno per le mani del vulgo, e delle femmine, ne' quali l'assoluta infallibile autorità della Romana Sede procurasi cancellare dell'animo de' rozi, che non vi hà luogo à dubitare, che il fine della Francia non sia di abolire questa[...].

Veggiamo ora quale sia lo stato temporale. Questo stato in due ragioni può dividersi: in civile e in militare. Lo stato civile della Francia à ciò, che spet[f. 206r]ta al mio discorso, riguardando, tutto è volto all'avanzamento della propria e allo scemamento della potenza altrui quinci opportunamente si badò all'abolizione de' diritti de' Parlamenti di ciascuna provincia di quel regno percioche vedeano quei rè, che frenati dalle leggi parlamentarie non poteano sodisfare alla natural cupidità di sempre più avere quenci alla depressione de' principali Baroni del regno: perche non vi fosse, chi ardisse opporsi à reali avanzamenti quenci al pretesto specioso di purgare il regno degli Eretici: perche con l'armi alla mano impugnate per così onesta cagione si potesse pervenire all'assoluto dominio del regno quinci all'usurpazione di parte degli Ecclesiastici beni perche così più ingrassato il regio erario più agevolmente si potessero ingrossare, quinci à quel tenore di non osservar mai fede, se non quanto tornasse in acconcio della propria ambizione quinci à quella continuata confederazion co' Turchi perche movendoli à nostri danni, con più riuscita si dovessero impiegare contro à nimici l'arme Francesi.

Ma tutta questa così esquisita industria mancherebbe della parte migliore della publica prudenza, se non fosse accompagnata dalla forza delle milizie, mentre cosa è di per se manifesta, che quei Principi, che sono forniti di prudenza, e non d'arme, possono sì bene resistere à gl'insulti primieri di un potente nimico, che gli attacchi, ma non mai impadronirsi dell'altrui provincie[...] [f. 206v] E perche questa stessa prudenza nel governo, e nella

direzzion della milizia manchevole sarebbe ancora stata se non le si fosse aggiunto il rigore al reggimento degli esserciti necessario, questa parte né co' capitani, né co' soldati né dal re, né da capitani è stata trascurata, in guisa tale, che perche si potesse introdurre la militare severità negli esserciti, non si è tralasciato alle volte di castigare un leggiero debitto con severissima punizione, né per ciò ò i capi, ò i soldati gregari si sono rivolti al disiderio del risentimento contra un sì severo legislatore, sì perche vedevano tali castighi usati generalmente con ogni qualità malfattori, sì perche vedevano così, come punirsi i delinquenti, non negarsi i dovuti premi à prodi, e buoni soldati, e la natura degli huomini è così fatta che prof[. 207r]postole e premio, e pena, e vedendo, che può l'uno bene operando agevolmente conseguire, né male operando può sfuggire l'altra, volentieri anzi si astiene di un picciol piacere per non incontrare il danno[...].

Questo è lo stato della religione in Francia, questo della cittadinesca prudenza, questo della militare. E in fatti chi potrà mai negare, che la Francia non habbia usati que' mezzi più efficaci à distendere il [suo] dominio[...] [f. 211r] Dalla serie di tante premesse, parmi di potere legittimamente concludere, che non è convenevole alla Sede Apostolica, che il Duca di Angiò succeda alla monarchia di Spagna. Perciò che o lo stato del Regno di Napoli sarà del rè di Francia, ò del rè di Spagna. Se del rè di Francia, potete voi bene, Santissimo Padre, didurre, che quel rè vorrà che la religione in Napoli non sia niente differente da quella, ch'è nella Francia, vorrà, che i Vescovi ubbidiscano à lui, non al Pontefice Massimo, che difendano i suoi diritti, non quei della Romana Sede, che togliano dalla mente di que' popoli la venerazione, che hanno alla Sede Romana, perche la diano tutta al loro rè: vorrà, che il Papa sia ministro della sua volontà, e non capo della Chiesa e se tanto si vuole arrogare sin dalla Francia, ognuno può facilmente concepire, che sarebbe intollerabile, havendo il regno di Napoli . se sarà del rè di Spagna, è assai verosimil che un rè nudrito nella casa del rè di Francia, educato con la prudenza dello stesso, ripieno delle massime della francese disciplina alienissima da sentimenti di riverenza al Pontefice Massimo seguiti anzi le norme dell'avolo stimate utili al proprio stato, che que' sensi di pietà, di riverenze, di stima, i quali non gli sono stati giammai insinuati. Né vi può assicurare la spagnuola nazione, perch'ei nol faccia perche ogni nazione abbraccia volentieri i partiti del Principe, quando le sembrano utili mentre così i Vescovi diffendono la loro autorità, il Clero è più adoperato ei benefizii non escono dalle nature provincie loro.

Discorso II

ASV, Fondo Albani, 88, ff. 213-219.

“[f. 213v] [...Per sapere] se convenga alla Romana Sede starsene neutrale, quando si attaccasse la guerra trà l'Imperadore e il rè di Fancia [...] [f. 214v], molti capi sono da considerare. Prima, quali Principi possano sicuramente dichiararsi neutrali. Dapoi, che sia così facile à un Principe essere reputato neutrale, com'è facile dichiararvisi. Inoltre, qual sia lo stato presente dell'Italia. Finalmente, Qual'efetto buono, ò reo può nascere per la Romana Sede, dichiarandosi neutrale, ò no.

Quanto al primo io veggio, che mi fà bisogno discorrere contra una falsa opinione,[...] ed è, che ogni Principe possa con sua sicurezza dichiararsi neutrale. La quale opinione è parimente derivata da un comune equivoco, che la neutralità, onde al presente si parla, altro non sia, che uno stato tale d'indifferenza, in cui mantenendosi un Principe né favorisce, né

contraria più l'una, che l'altra delle due parti, le quali trà se sono nimiche. il che quanto sia falso, si conoscerà subito, che havranno dimostrato il sudetto stato d'indifferenza non potersi mai praticare. Ogni Principe, il quale ò vuole assalire lo stato altrui, ò è debole. S'egli è potente, e voglia assalire, ò assalisce un'altro di equal forza, ò di minore. S'egli assalisce uno di equal forza, deve conoscere, che non potrà mai ottener la vittoria, s'ei ò prima di venire alla zuffa non pensa di farsi superiore al nimico, ò nella stessa zuffa non fà nascere cosa, onde ò i suoi si reputino superiori, ò il nimico inferiore. ed è certo, che un Principe, il quale trascura questa diligenza, espone il suo essercito à probabilissima perdita. non dirò nulla del modo di farsi superiore nella zuffa: perche ciò dipendendo [f. 215r]dal valore, e sagacità del capitano, niente pertiene al mio discorso. dirò dunque del modo di farsi superiore prima della zuffa.

Sogliono i savii Principi, i quali assaliscono altri di pari forze, prima di muovere le armi procurarsi la confederazione di queglii stati, i quali sieno loro più opportuni à potere superare il nimico[...]. Havendo dunque un cotal Principe necessità per vincere delle confederazioni, non dè dubitarsi, che ne richiederà coloro, che più à proposito delle sue armi gli parranno e sono tali quei, che possono recare più diagio all'assalitore. Siche questi essendo addimandati di confederazione, ò gliene daranno, o nò; dandogliela, non saranno neutrali, negandola, ne siegue di necessità, che l'assalitore stimi tali stati per nimici e benche non mostrerà il suo mal talento, perche non gli spinga à unirsi col suo nimico: con tuttociò non traslascerà di far nascere occasione di vendicarsi perciò che havendo seco giudicato l'assalitore, che congiunto con voi facilmente vincerebbe, e che senza voi potrebbe perdere, non tanto resta pago, che voi non porgiate aiuti al suo nimico, quanto si sdegna, che gli neghiate ciò, che stima necessarissimo alla sua vittoria tantopiù, che sempre sogliono i Principi, i quali richiedono altruidi [f. 215v] confederazione, offerire qualche vantaggio in guidendone. Laonde concludo per le sudette ragioni non potersi stare neutrale: perche dichiarandosi la vittoria à favore dell'assalitore, si stà in rischio di essere assalito, e rotto, e s'ei perche, non si può dubitare, che tostoche avrà rimesse in piedi le sue armi, fierissimamente vi combatta, riguadandovi come potissima cagione della sua perdita. Che se poi l'assalitore è debole, non solo non si può stare neutrale, ma per la sicurezza del proprio stato non si deve perche non aiutando il più debole sarà facile, che questi resti vinto, e vinto spingerà lo stesso vincitore à danno vostri per vendicarsi[...].

Due cose possono opporsi[...]. Una è, che quei Principi, i quali vogliono essere neutrali, sempre stabiliscono la neutralità co' patti giurati. L'altra è, che non havrei ragionevol motivo di temere per chi dichiarati neutrale: perche all'assalito basta il non esser vinto e all'assalitore l'essere stato vittorioso. Per rispondere à queste due communi opposizioni, io così secondo il mio costume partitamente discorro. Ò voi siete lontano, ò vicino à Principi, i quali vogliono trà loro far guerra: ò che l'assalitore, e l'assalito sia potente, ò debole, state per sicuro, che né l'uno, né l'altro vi richiederà [f. 216r] di confederazione: mentre il vostro soccorso per la lontananza non recherebbe aiuto né all'uno, né all'altro e l'aiuto di denaro, che altri potrebbe opporimi, pertiene alla considerazione dell'interesse nell'essito della guerra. mentre chiara cosa è, che, ove manchi tal considerazione, niun Principe è stato così liberale del suo, che havesse voluto senza evidente ò probabile utilità profondo. Se siete vicino, non dovete dubitare, che sarete ò dall'uno, ò dall'altr richiesto di aiuto e in tal caso, benche voi stabilite la vostra neutralità co' patti giurati, non pertanto nulla vi gioverà à potere essere neutrale perche l'un de' due Principi trà sè nimici non vorrà osservare cotai patti[...]. Dalche si vede non potere un Principe con sua

sicurezza essere neutrale, perche così siasi co' patti giurati convenuto e non è, che indizio di debolissimo Principe, e non meno debole principato, quando appoggi unicamente la sicurezza sua ne' giuramen[*f. 216v*]ti, i quali circa le materie di stato patiscono moltissime eccezioni, e quella più frequente, se altri li voglia osservare.

Passo alla considerazione dell'interesse, ò nò nell'essito della guerra: e dico, che se non vi hà interesse, ed è vicina, gli avverrà la necessità sudetta ma se vi hà interesse, molto meno può essere neutrale[...].

Ma perche questa importantissima [*f. 217r*] verità meglio comparisca, passo al secondo punto, cioè, se sia così facile essere reputato neutrale, come dichiararvi. I Principi, i quali vogliono dichiararsi neutrali, debbono, come si è detto, esser vicini de' Principi trà sè nemici: debbono inoltre essere richiesti di confederazione. Posto ciò, ò voi avete grande, ò picciolo stato se l'havete grande, devete badare; se lo stato di coloro sia grande, ò picciolo stato, se parimente lo stato dell'assalitore, e dell'assalito sia grande, devete robustamente armare: perche suprando un di loro posciate resistergli. Né devete, che fosse non vi assalirà essendo necessario ad ogni stato usar sempre ogni mezzo per istare validissimamente armato poiche trovandovi disarmato, ed essendo assalito, necessariamente havrete à ruinare: non potendo disarmato resistere à un Principe armato divenuto per gli nuovi acquisti più potente di voi. Ma se lo stato di coloro divenga vostro eguale, e perciò il vostro stato cominci à dover temere di chi prima temeva di voi, il che non fà à proposito per la sicurezza del vostro stato. Da tutto ciò si trae che, comeche voi non diate aiuto ad alcuno di loro: nondimeno niuno di loro vi terrà per neutrale. Che se lo stato dell'assalitore, e dell'assalito sia grande, e il vostro picciolo, io non dubito, che secondo il costume degli stati deboli, i quali non sanno uscire dalle difficoltà, vi atterrete alla neutralità, ma ciò sarà infruttuosamente poiche un di coloro superando infallibilmente ò sarete ruinato ò [*f. 217v*]sforzato à ricevere dello stesso le condizioni non solo del regnare, ma del vivere[...].

Dopo ciò, accostandomi più dappresso alla particolar considerazione di questo ragionamento perche sia tempo di favellare del presente stato d'Italia[...].

[*f. 218r*] E[...] dallo stato di Savoia, dico, che benchè sia trà migliori d'Italia, nondimeno perche dall'uno de' lati hà la Francia, dall'altro il Ducato di Milano, che sono più potenti, da sè solo si reputa molto debole: perche in una lunga guerra né i denari, né le genti gli bastano, né può giovare gran cosa à quel Duca la benivolenza de' popoli soggetti: perche questa può renderli ostinati in morire per lo loro signore, ma non più potente di chi è assai più potente di loro. Lo stato di Milano trà perche è di buona grandezza, e perch'è assai fertile è de' più potenti d'Italia: ma essendo governato da straniera nazione, può più tosto recare danno, che sollievo all'Italia. Gli stati di Mantova, di Parma, di Modena, oltre l'essere poveri di danaro, e poverissimi di gente, sono effeminatissimi, e senza nessun valore, non solo perche da molto tempo sono illanguiditi nell'ozio, ma molto più perche i Principi loro, toltine gli spettacoli e le musiche, non nudriscono idea niuna degna del principato. e poi i Duchi di Mantova, e di Parma per non havere successione, sono meno riguardati da popoli. Il che altresì dico del Granduca. oltreche i popoli oppressi, e smunti per le soverchie imposizioni, fomentano anzi disideri di novità per isgravarsene, che amore verso il loro Principe, il quale tuttoche viva sicuro in tempo di pace, se però sovrageunge la guerra, non hà maggiori nemici de' proprii sudditi. Della Republica di Lucca per la sua picciolezza non conviene far motto, meno di quella di Genova: poiche havendo i suoi principali cittadini incarnati nell'amore [*f. 218v*]del danaro, è difficile, che possa pensar giammai à generose deliberazioni, ò se pure in caso vi pensate, è impossibile, che si potesse risolvere di

generosamente eseguirle. Oltre di ciò essendo molti cittadini di quella addetti per interesse alla Spagna, sempre procureranno il vantaggio di quella nazione.

Nella Signoria di Venezia si poscia fondare qualche speranza, s'ella avesse migliore uso di milizia, e i sudditi di terra ferma fossero più umanamente trattati da quei Gentiluomini ma usando di tener poverissimi i suddetti, poco può fidarsene ne' bisogni, come la sperienza perlo più hà dimostrato: e non potendo servirsi de' proprii sudditi per soldati per la paura, non fosse questi vedendo i armati comincino à disiderare con la forza quegli onori, che per gli ordini politici di quella signoria non possono conseguire.

Del regno di Napoli per denaro, e per gente non è da fare poco conto, benchè non sia da farne moltissimo mà e si scarso d'indirizzo per le tante distinzioni di gradi di Magnati di prima classe, di seconda, di terza, di cadeti di case più illustri, di semplici cavalieri, di nobili di provincia, di prima civiltà, di seconda, che, benchè non sia così addetto al suo signore, come i Milanesi sono, e viva poco soddisfatto del presente governo: contuttociò è pericoloso l'appoggiarvi senza condurvi un giusto essercito, che li sommuova e si mantenga. Finalmente lo stato vostro, Santo Padre, è assai debole, [f. 219r]si perche non hà uso di armare, si ancora perche sebene l'avesse, non hà molta gente, com'è necessario à cinque vuole stare armato. oltre à ciò havendo Principe di corta vita per crearsi vecchio, non può attendere à quelle imprese, alle quali forse altri più fresco di età baderebbe. E poi la cura della religione[...] occupa quasi tutta la mente de' Papi.

Dopo haver concluso, che un Principe non può senza pericolo della sua ruina dichiararsi neutrale, e che non sarà reputato tale, se vi si dichairi, e che i domini tutti dell'Italia sono debolissimi, vengo à discorrer dell'ultimo punto, Quali buoni, ò rei effetti accaderebbero al vostro stato, se vi dichiaraste neutrale à riguardare l'essito della guerra de' suoi vicini, hà necessità di stare armato in guisa tale, che possa mantenere la sua neutralità contra colui, il quale lo volesse costringere à confederazione. E quel Principe, il quale così vuole stare armato, ò deve avere forze eguali à chi può costingerlo ò deve avere confederazioni tali, che per mezzo di quelle si renda eguale di forze se manca dell'uno, ò dell'altro, e stà saldo nella neutralità, sempre si espone à pericolo di ruina. Che il vostro stato manchi del primo non è cosa da dubitarne: che non possa fidarsi del secondo, facilmente si dimostra impercioche dovendo fare confederazione, ò lo fà con tutt'i Principi d'Italia, ò con alcuni. Con tutti è cosa impossibile, come per sè senz'altra ragione è manifesto; dunque con alcuni. Trà questi non è la Republica di Genova per le ragioni dette di sopra. non il Granduca, il quale è stato solito redimere col denaro i disagi della guerra e per[f. 219v]che gli huomini seguono volentieri que' partiti, i quali sono loro altre volte felicemente riusciti: il Granduca si appiglierà al sudetto: ed ò darà ad uno de' nimici palesemente, all'altro furtivamente, ò ad amendue di nascosto. Sicche altro non resterà, che la signoria di Vinegia, e suppongo che vi riesca stabilirvi confederazione: non è però tale, che possa così stabilire sicura la vostra neutralità, che e l'Imperio, e la Spagna possano perciò ritirarsi di richiedervi di confederazione perche questo stato unito con quel di Vinegia sarà sì qualche poco più potente, che solo: ma non mai ò superiore ò eguale di forze all'Imperio, ò alla Spagna.

Sicche così non istabilirete la vostra sicurezza, e non sarete né amico della Spagna, né dell'Imperio. Sò, che si risponderà, che mantenendovi neutrale, non arrischirete ad entrare in una guerra di pericolosissima riuscita inoltre che dichiarandovi confederato di una delle parti, sarete in pericolo di correre la fortuna rea, che potesse avvenire à chi fosse unito con voi. Alla prima risposta io dico brevemente, che voi differirete sì la guerra, ma non la sfuggirette: e che, sicome cofederato sareste esposto all'utile, ò al danno, così neutrale

sareste esposto solamente al danno. Alla seconda dico, che potria avvenire anche la fortuna prospera e poi un tal riguardo non vi deve rimuovere da una prudente confederazione e la speranza di ogni secolo dimostra che a' partiti inconsideratamente presi seguono pessimi eventi: per lo contrario buoni à quei, che sono stati presi con maturità di giudizio. Mi riserbo più lunga risposta nel terzo ragionamento, dove più particolarmente di quest'ultimo punto mi conviene favellare.

Discorso III

ASV, *Fondo Albani*, 88, ff. 221-234.

“[f. 221r]Io debbo parlarvi in questo discorso di materia così utile al vostro stato, così necessaria alla Pontificia maestà, così grave per le risoluzioni, che vi si contengono, che parmi di vedere, che non altronde derivi ò la salvezza, ò il pericolo del vostro principato, fuorchè da partiti [...]che voi prenderete dopo una matura considerazione di ciò che à questo discorso appartiene[...].

Dunque dovendo io favellare di un punto, dal quale dipende la salute del vostro stato, sono sforzato [...]a pregarvi, che sofferiate, che io di quella libertà usi [f. 221v] in ragionando, nella quale secondo quel, che i savii huomini hanno giudicato, è collocata in gran parte la felicità de' Principi, e la fortuna de' principati. imperciocchè se si potessero così tacendo tener lontani i fortunosi eventi da gli stati, come possono da chi ne fà congettura, tacersi: né io, né chichesia saremmo così infelici, che volessimo importunamente inquietare l'arrivo de' Principi mà se il tacere fuor di tempo adusato reca nocumento isdicevol cosa parmi, che huom voglia per sè stesso ingannarsi, e diffenderlo l'occasione de' necessarii rimedii per lo suo stato, precipitare ing ravissimi pericoli, per isfuggire qualche presente molestia. E benchè io sappia, che voi punto non siete alieno dal volere che si usi con esso voi questa necessaria libertà all'utile del vostro stato: nondimeno però sapendo io, che se voi circa la presente materia alcuni del loro parere chiederete, costono di presente senza il debito esame proporrarvi la neutralità, mi veggio necessitato à scongiurarvi, che più, che alla dignità di chi dirarvi il suo parere, riguardar vogliate al peso delle ragioni, che adduconui.[...]

Perciocchè questa cosa in questo tempo principalmente è da temersi, non fosse il rè di Francia per mantenersi meglio nel presente stato, come astuto huomo, ed acconto nell'operare, paste ingannevolmente concedendo, secondo gli parrà che à tempo gli si convenga, parte minacciando, secondo la disposizione de' più deboli principati, conseguisca il fine di tener sintanto divisi i Principi, che à suo bell'agio fortificato si rivolga ad [f. 222r] opprimerli primache ricorranò alla necessaria confederazione. Perlochè, perchè si possano conoscere i mezzi utili al vostro stato, io al presente diputerò se alla Romana Sede convenga fare confederazione col rè di Francia, ò con l'Imperadore. E [...]io stimo necessario distribuire questa questione in tre capi [...]:

Quanto al primo capo, sono da notare tre cose: prima le personali qualità di coloro, co' quali debbesi fare unione, s'ei sono Principi, se sono Repubbliche[...]; dapoi, da chi si può sperare più stabile, e più sincera amicizia; finalmente, chi hà necessità di procurare il vantaggio del vostro stato le personali qualità di ogni huomo, per quantunque ei sia cupo, si conoscono dalla natura, dall'educazione, dalle operazioni, da gli effetti, quali producono gli eventi di fortuna.

[...]La natura del rè di Francia è proclivissima alle passi[f. 222v]oni, specialmente alla vendetta, ed alla superbia. [...]Il disiderio della vendetta si è palesato per molte azioni violente di lui, come in opprimere i parlamenti delle provincie del suo stato, i quali nel tempo della sua minore età aderirono à sedizioni, e sopra tutto nell'aversione verso i Parigini continuata per la serie di tanti anni[...]. La superbia si è conosciuta così nell'avocare à sè le cose della religione pertinenti ò à diritti de' Vescovi della Francia, ò della Romana Sede, come in volere, che ognuno cedesse all'autorità del suo nome[...]. L'educazione del rè di Francia, comeche ei fosse stato educato con le prudenziali massime del Cardinale Giulio Mazarini, nonpertanto, perche questi non poteva usare di quell'autorità, la quale necessaria era à frenarlo, come saria stata la paterna, e l'adulazione in quelle cose, per le quali secondasi la naturale inclinazione, volenterosamente si riceve, non solo per l'educazione non si potettero svellare i semi di certe passioni, che all'incontro subitamente crebbero alimentati dalle lusinghe de gli adulatori[...] [f. 223r] Mentre tutti gli huomini e massimamente i Principi, ove non sieno dotati di una mente essattissima indagatrice delle vere cagioni di certi effetti, volentieri attribuiscon alla forza della loro prudenza quel, che spesso è cagionato dall'imprudenza altrui. Per tale educazione accresciute queste due passioni, non è meraviglia, che il rè di Francia si appigliasse à molti mezzi non buoni per giugnere al suo fine[...].

[f. 223v]Chi è nel modo, che ignori i travagliosi principii di regnare del rè di Francia? chi non sà le pericolose sedizioni, che gli furono contra da principali baroni del regno supitate? ma chi non sà parimente la lentezza di costoro in non saper mettere le cose nello estremo? E per tal cagione furono prima disuniti, dapoi manomessi. Da questo favor di fortuna sollevato à grande ardimento il rè di Francia, [f. 224r]dove sia giunto con la stima di sè medesimo, io reputo cosa più malagevole ad esprimersi scrivendo, che à potersi concepire tanto più che le azzioni di lui sono notissime, che altri può di leggieri argomentarne il fine[...].

[f. 226r]Dopo parlato delle personali qualità del rè di Francia, parmi tempo di favellare per gli stessi gradi dell'Imperadore. [...]È la natura dell'Imperadore aliena dalla vendetta, alienissima dall'ambizione percioche se vi è stato Principe, cui siasi convenuto di fare essemplarissime vendette, rari quei saranno, che possano agguagliarsi con l'Imperadore. Poiche alcuni suoi sudditi non altrimenti hanno promossi i loro pretesi diritti, che con isforzarlo con impugnare le arme: alcuni principali baroni del suo stato hanno tentato col veleno, e co' gli agguati torgli la vita, non una, ma più volte: altri hanno eccitati tumulti, e sedizioni per opprimerlo: altri hanno spinto il Turco ad imprendere la loro protezione, per avere motivvo, come farlo assalire. [...]Per tanti motivi di vendette datigli da gli stessi suoi sudditi, non si è già risoluto mai l'Imperadore à prendere que' castighi degli stessi, quali giustamente, e con laude di prudenza prese il rè di Francia per le rivoluzioni de' suoi e perche l'Impera[f. 226v]dore sottoscrivesse la sentenza della condannaggione de' ribelli, altro stimolo non fù bastante, che il solo della coscienza: inclinando anzi elgi al perdono con la taccia d'imprudenza, che con la commendazion della prudenza alla vendetta. Quanto sia poi lontano dall'ambizione, è cosa facilissima à conoscere, chi voglia considerare, ch'ei non hà mai guerreggiato, che per difendersi, non hà mai stabilita pace, che non l'abbia religiosamente osservata[...]. Secondo l'inclinazion della natura è stata l'educazione, modesta, intesa alle arti dello stato pacifiche, e non tremultuose[...].

[f. 227r] [...]Il secondo capo è vedere con chi debbesi fare confederazione[...]. Un Principe [...]ò disidera l'amicizia dell'altro, perche teme della potenza di lui, ò perche

paventa la troppa potenza di un suo nimico, ò perche spera col favor dello stesso avanzare la sua fortuna, ò perche dubita, che seco non havendolo, quegli potrebbe unirsi co' suoi nimici, ò perche havendol seco, potrebbe rintracciare leggiermente occasione di opprimerlo. [...]Non convenendogli di mostrar paura per le ree conseguenze, che potrebbe recargli presso i Principi: nondimeno dalle sue operazioni si argomenta manifestamente il timore. Comunque sia la cosa, à voi non è mai sicuro, per abbattere l'Imperadore, ch'è Principe di moderati disideri, unirvi col rè di Francia, il quale è di vastissima ambizione. E facendol voi vi avverrebbe una di quelle due cose, le quali avvennero à quei popoli, che si congiunsero di amicizia con l'antica Republica di Roma: i quali ò tappoco per leggiero motivo erano soggiogati dalla Republica, ò costretti à vivere secondo le leggi, quali prescriveva loro il Romano Senato, perloche i savii, ed accorti Principi hanno sempre havuta sospetta l'amicizia di coloro, i quali sempre cercano motivi di muovere le arme.

Meno dirà il rè di Francia, ch'ei spera vantaggiare col favor vostro: che anzi rappresenteravi il vostro utile. In varietà però questo è il motivo di volervi suo amico. E lo muove à ciò [f. 227v]il dubbio, che non havendovi seco, possiate unirvi con l'Imperadore suo nimico, questo dubbio per le cose d'Italia gli dà gran timore: mentr'ei vede, che confederandovi voi con l'Imperadore, dareste motivo à gli altri Principi d'Italia di fare lo stesso: perche si persuaderebbero, che lasciando voi di esser neutrale (come pensano questi nostri moderni politici, che à voi convenga starvene), e confederandovi con l'Imperadore, ciò farete, perche havrete giudicato così convenirsialla giustizia della causa. Quest' autorità vostra può senza dubbio recare grandissimo momento alle cose d'Italia, come si è veduto per lo passato. Dalla cognizione del peso della vostr' autorità io diduco, che il rè di Francia disidera unicamente la vostr'amicizia per opprimervi. Perche conoscendo, che il maggiore ostacolo all'arme, e progresso di qualunque Principe in Italia, è stata sempre la Pontificia Autorità, conosce parimente, che hà precisa necessità di abolirla[...]

[f. 228v]Ma perche potrebevi alcuno dire, che non meno voi potreste dubitare dell'Imperadore[...], il motivo di vantaggiare col favor vostro, come, che non vi congiugniate co' suoi nimici, spinge l'Imperadore à volere la vostr'amicizia: ma non già lo può spingere à ciò il disiderio di opprimervi. Se riuscisse all'Imperadore con l'aiuto vostro di scacciar via i francesi dalla possession dell'Italia, è cosa certa, che non potrebbe mai venire à tanta potenza, che potesse abattere i francesi, ò gli spagnuoli. Siche non essendo sicuro da queste due nazioni, non si arrischierebbe di assalirvi: conoscendo, che altro, assalendovi, non farebbe, che sforzarvi à chiedere aiuto alle sudette nazioni, le quali introdotte da voi in Italia, potrebbero con agio loro privarmelo. Dapoi l'Imperadore volendovi opprimere, ò tenterebbe prima di havere sot[f. 229r]tomessi gli altri Principi d'Italia, ò dopo facendol prima, darebbe indubitato indizio à Principi sudetti, che volesse manometterli e per tal cagione potrebbero facilmente unirsi à prò del Papa per la commune salvezza: poiche essendo lontani gli aiuti di Germania, e non tanti, quanti potrebbe somministrarne la Francia più vicina unita con la Spagna, gl'Italiani Principi sarebbero arditi ad armarsi contro à lui, ma non già contra la Francia. Volendol fare dopo, non si dè dubitare, che questi immantimente chiamerebbono i Francesi in loro soccorso. Sicché sendoci queste difficoltà grandissime, che saria bisogno essere affato sicuro, che altri non potesse difendervi, l'Imperadore non può fomentare simili pensieri[...]

Io non vò dir nulla della condota dell'Imperadore sempre inclinata ad una somma venerazione verso il Papa: perche delle personali qualità di lui bassevolmente se n'è più sù ragionato siche se l'Imperadore, sendovi amico, non può haver fine di opprimervi: perche le

sue forze non basterebbero, e arrischierebbe à perdere l'acquistato: ed il rè di Francia può agevolmente farlo, ò havendovi seco unito, ò neutrale, ed hà mostrato sempre disiderii di nuovi acquisti[...].

Il terzo capo da conoscere[...] è vedere chi hà necessità di procurare il vantaggio del vostro stato. Certa cosa è che una cotal [f. 229v]necessità non ad altri Principi avviene, se non à coloro che hanno contese trà loro. Di questi sempre chi è meno potente, hà maggior necessità di procurare il vantaggio del terzo[...]. L'Imperadore senza dubbio è meno potente del rè di Francia, molto più con l'unione della Spagna quinci è, che conoscendo, che non può esser sicuro (il che dio degli altri ancora) se non toglie tante forze al rè di Francia: né potergliele totte, se non unito con altri, è cosa certa, che non havrà mai difficoltà di dar loro quegli onesti vantaggi, i quali non solo utili sono, ma necessari à stimolare i Principi à unirsi seco, per impedire i progressi del rè di Francia[...].

All'incontro il rè di Francia, per vedersi per sè solo idoneo à resistere à nimici, e che basterebbe gli la vostra neutralità, per torre aiuti all'Imperadore, ò non vi proporrà mai vantaggio niuno, [f. 230r]ò proponendolui, non ve ne darà. Adunque per quel, che pertiene al primo punto, con chi si debba fare confederazione, voi conoscete, che dovete farla con l'Imperadore[...].

Passo al secondo capo principale, quale utile, ò danno può recare al vostro stato la confederazione del rè di Francia, quale quella dell'Imperadore. Il danno, quale può avvenirvi nella confederazione è di due maniere. Una è, quanto à diritti ecclesiastici, l'altra, quanto al vostro temporal dominio. Il danno, in cui potete cadere circa i diritti ecclesiastici, è di somma importanza, che potrebbe disordinare notabilmente la gerarchia della Chiesa. Potrebbe il vincitore rè di Francia[...] [f. 230v]ridurvi allo stato di non esser più di ogn'altro Vescovo e forse oserebbe di trasportarvi in altra provincia, perche non avesse à temere, che voi stando in Roma potesse tentare di ritornare al primiero stato. Io quanto à mè estremamente disidero e per la mia religione verso la Romana Sede, e per lo mio singolare amore verso di voi, che tutte queste bestemmie da mè con orrore commemorate, e con somma celerità trascorse *cedant levibus budibria veritis*. Con tutto ciò giovarmi per l'utilità vostra attentamente investigare, se quanto potrebbe fare il rè di Francia, farebbero mai, se fosse vincitore. Io dico liberamente, che sí[...].

[f. 231r]Ei pare, che non sia d'uopo favellare dell'utilità della sudetta confederazione, mentre il danno così è grave, ed eccedente, che toglie affatto ogni considerazione di utilità non solo per ciò, che pertiene à diritti ecclesiastici, ma molto più per quel, che spetta al vostro temporal dominio[...].

[f. 231v]Ma forse dirà taluno, se fosse vittorioso l'Imperadore, non meno sarebbe in pericolo la Romana Sede, che le havessero ad accadere i medesimi mali, e forse anche maggiori percioche che direbbono i Cattolici, quando udissero il Papa unito con l'Imperadore contra un rè ò in fatti, ò apparentemente benemerito della Sede Apostolica? Come potessi sentire senza scandalo, e mormorazioni, che il Papa, il quale è padre di tutti, movesse l'arme contra il figliuolo primogenito della Chiesa? Ma tutto ciò saria nulla rispetto del vedere in Italia le Pontificie truppe confederate con l'etiche della Germania militare sotto le stesse insegne, sotto gli stessi auspici, con l'istesso animo, con gli stessi sentimenti, con lo stesso proposito e potrebbe sperarsi, che quel rispetto, quale non havrebbero al Papa i francesi vincitori, l'havessero gli eretici implacabili nimici del Pontificio nome? Gravissime sono le opposizioni, tali, che, se io non sapessi la costanza dell'animo vostro, l'avvedu[f. 232r]tezza nel deliberare, l'acutezza nel comprendere[...], Io diffiderei di potere risponder

cosa veruna, la quale fosse à proposito di muovere gli animi al debito esame di quel, che conviene. Così sono apparenti le ragioni contra mè recate, che, benche io veggia, che occupano più tosto la fantasia con lo strepitoso, che la mente con la ragione, nondimeno difficilmente potrei persuadere altrui quella verità, come io distintamente la comprendo. Perloche [...]non diffido di mostrare, che niuno de' recati motivi è bastevole, perche voi non facciate confederazione con l'Imperadore.

Prima intorno à ciò, che lo scandalo de' popoli riguarda, fà mestiere, disaminando attentamente la cosa, brevemente discorrere di tre punti, se siavi lo scandalo, e qual compenso può darvi, e non potendo, se debbasi havere più ragione dello scandalo, che del pericolo, in cui mettesi la Sede Apostolica. Io dico, che non havi scandalo niuno. Con cio sia cosa che della vostra confederazione con l'Imperadore non si scandalizzeranno i Turchi, cui niente importa il bene, ò il male, che noi trà di ni facessimo. Non gli eretici, che anzi vedrano non essere affat[f. 232v]to guato l'antico seme della Romana Prudenza ne' pubblici affari. Mentre scorgeranno non solo daloro intendersi la necessità di unirsi per la propria salvezza contra la potenza del rè di Francia, ma pur da voi comprendersi, e porvisi rimedio, con imprendere quei partiti, onde non è capace ogni mente. Non gli cattolici, perche ò sono sudditi vostri, ò de' vostri confederati, ò de' nimici questi comeche naturalmente inclinano à stimare la ragione dal loro Principe, nientedimeno l'unione di tanti, e massimamente del Papa cagionerà qualche dubbio loro nella mente della giustizia della causa quegli oltre l'inclinazione verso il loro Principe, saranno bastevolmente persuasi dalla dterminatione Pontificia, la quale quanto più è strepitosa, tanto più è atta ad imprimere sensi di giustizia nella mente de' più rozi, che sono i più, e di cui si dè tenere più conto in simili bisogne.

[f. 233r]Ma io dirò dipiù, siavi lo scandalo, e non vi sia rimedio, è così grave però il pericolo, in cui cade l'autorità vostra, e il vostro stato, che io stimo anzi necessario tollerare lo scandalo, se mai ei nascesse, che esporsi à tutti quei danni, che più innanzi hò raccontati impercioche lo scandalo và tuttavia scemandò, e col felice essito delle cose deponesi ma il danno, quando mai accadesse, ecagionerebbe scandali maggiori, e non potrebbe di leggieri compensarsi...

[f. 234r]Dalla comparazione dell'amicizia del rè di Francia, ò dell'Imperadore nasce facilmente la deliberazione del terzo capo da mè sul principio proposto, di dovere scegliere la più profittevole confederazione[...]. Perciò io non reputo necessario più lungamente parlarne, perche mi converrebbe ricordare le già dette cose: il che ed à mè riuscirebbe tedioso, scrivendole, ed à voi, dovendole rileggere, noiosissimo.